

LA BIBLIA

NO. 15

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 18 DE MARZO, 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

***“Le escribí las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.”
Óseas 8:12.***

Esta es la queja de Dios en contra de Efraín. No es una insignificante prueba de Su bondad, que Él se incline para reprender a Sus criaturas descarriadas; es una grandiosa evidencia de Su disposición llena de gracia, que incline Su cabeza para observar los asuntos de la tierra. Si Él quisiera, podría envolverse con la noche como si fuese un vestido; podría poner las estrellas alrededor de Su mano como si fueran un brazalete y ceñir los soles alrededor de Su frente como una diadema; puede morar solo, lejos, muy por encima de este mundo, arriba en el séptimo cielo, y contemplar con calma y silenciosa indiferencia todas las actividades de las criaturas.

Podría hacer como Júpiter que, según creían los paganos, se sentaba en perpetuo silencio, haciendo señas a veces con su terrible cabeza, para hacer que las Parcas hicieran lo que le placiera, pero ignorando las cosas pequeñas de esta tierra, y considerándolas indignas de llamar su atención; absorto en su propio ser, absorto en Sí mismo, viviendo solo y apartado. Y yo, como una de Sus criaturas, podría ascender a la cumbre de una montaña y mirar a las estrellas silenciosas, y decirles: “Ustedes son los ojos de Dios, pero ustedes no me miran a mí; la luz de ustedes es un don de Su omnipotencia, pero esos rayos no son sonrisas de amor para mí. Dios, el poderoso Creador, me ha olvidado; soy una gota despreciable en el océano de la creación, una hoja seca en el bosque de los seres vivientes, un átomo en la montaña de la existencia. Él no me conoce, estoy solo, solo.”

Pero no es así, amados. Nuestro Dios es de un orden diferente. Él nos observa a cada uno de nosotros. No existe ni un gorrión ni un gusano que no se encuentre en Sus decretos. No hay una persona sobre la que no se posen Sus ojos. Nuestros actos más secretos les son conocidos. Cualquier cosa que hagamos, que soportemos o que suframos, el ojo de Dios siempre descansa sobre nosotros y Su sonrisa nos cubre, pues somos Su pueblo; o Su enojo nos envuelve, pues nos hemos apartado de Él.

¡Oh! Dios es diez mil veces misericordioso, pues contemplando a la raza del hombre, no la arranca de la existencia con una sonrisa. Vemos por nuestro texto que Dios se interesa por el hombre, por cuanto dice a Efraín: “Le escribí las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.” Pero vean cómo cuando observa el pecado del hombre no lo destroza ni lo rechaza a puntapiés, ni tampoco lo sacude por el cuello sobre el golfo del infierno hasta hacer tambalear su cerebro por el terror, para, finalmente, arrojarle en él para siempre; por el contrario, Dios desciende del cielo para argumentar con sus criaturas, discute con ellas, se rebaja, por así decirlo, al mismo nivel del pecador, le ex-

pone sus quejas y define sus derechos. ¡Oh! Efraín, te he escrito las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.

Vengo esta noche como enviado de Dios, amigos míos, para tratar con ustedes como embajador de Dios; para acusar de pecado a muchos de ustedes; para hacerles ver su condición, con el poder del Espíritu; para convencerlos de pecado, de justicia y de un juicio venidero. El crimen del que los acuso es el pecado que leemos en este texto. Dios les ha escrito las grandezas de Su ley, y fueron tenidas por cosa extraña. Es precisamente sobre este bendito libro, la Biblia, que pretendo hablar el día de hoy. Aquí está mi texto: esta es Palabra de Dios. Aquí está el tema de mi sermón, un tema que demanda más elocuencia de la que poseo; un asunto sobre el que podrían hablar miles de oradores a la vez; un tema poderoso, amplio y un inagotable asunto que, aun consumiendo toda la elocuencia que hubiera hasta la eternidad, no quedaría agotado.

Hoy tengo que decir tres cosas acerca de la Biblia, y las tres se encuentran en mi texto. Primero, Su autor: “Le escribí”; segundo, sus temas: Las grandezas de la ley de Dios; y tercero, su tratamiento generalizado: fueron tenidas por la mayoría de los hombres por cosa extraña.

I. Primero, entonces, en lo relativo a este libro, ¿quién es EL AUTOR? El texto nos dice que es Dios. “Le escribí las grandezas de mi ley.” Aquí está mi Biblia, ¿quién la escribió? La abro y observo que se compone de una serie de tratados. Los primeros cinco libros fueron escritos por un hombre llamado Moisés. Paso las páginas y veo que hay otros escritores tales como David, y Salomón. Aquí leo a Miqueas, luego a Amós, luego a Óseas. Prosigo hacia adelante y llego a las luminosas páginas del Nuevo Testamento, y veo a Mateo, Marcos, Lucas y Juan; Pablo, Pedro, Santiago y otros; pero cuando cierro el libro me pregunto: ¿quién es su autor? ¿Pueden estos hombres, en conjunto, atribuirse la paternidad de este libro? ¿Son ellos realmente los autores de este extenso volumen? ¿Se dividen entre todos ellos el honor? Nuestra santa religión responde: ¡no!

Este volumen es la escritura del Dios viviente: cada letra fue escrita por un dedo Todopoderoso; cada palabra salió de los labios eternos, cada frase fue dictada por el Espíritu Santo. Aunque Moisés fue usado para escribir sus historias con su ardiente pluma, Dios guió esa pluma. Puede ser que David tocara su arpa haciendo que dulces y melodiosos salmos brotasen de sus dedos, pero Dios movía Sus manos sobre las cuerdas vivas de su arpa de oro. Puede ser que Salomón entonara Cantares de amor, o pronunciara palabras de sabiduría consumada, pero Dios dirigió sus labios, e hizo elocuente al Predicador. Si sigo al atronador Nahum cuando sus caballos aran las aguas, o a Habacuc cuando ve las tiendas de Cusán en aflicción; si leo a Malaquías, cuando la tierra está ardiendo como un horno; si paso a la plácida página de Juan, que nos habla del amor, o a los severos y fogosos capítulos de Pedro, que habla del fuego que devora a los enemigos de Dios; o a Judas, que lanza anatemas contra los adversarios de Dios; en todas partes veo que es Dios quien habla.

Es la voz de Dios, no del hombre; las palabras son las palabras de Dios, las palabras del Eterno, del Invisible, del Todopoderoso, del Jehová de esta tierra. Esta Biblia es la Biblia de Dios; y cuando la veo, me

parece oír una voz que surge de ella, diciendo: “Soy el libro de Dios; hombre, léeme. Soy la escritura de Dios: abre mis hojas, porque fueron escritas por Dios; léelas, porque Él es mi autor, y Lo podrás ver visible y manifiesto en todas partes.” “Le escribí las grandezas de mi ley.”

¿Cómo sabemos que Dios escribió este libro? No intentaré responder a esta pregunta. Podría hacerlo si quisiera, porque hay razones y argumentos suficientes, pero no pienso robarles su tiempo esta noche exponiendo esos argumentos a la consideración de ustedes. Pero no voy a hacer eso. Si quisiera, les podría decir que la grandeza del estilo está por encima de cualquier escritura mortal, y que todos los poetas que en el mundo han existido, con todas sus obras juntas, no podrían ofrecernos una poesía tan sublime ni un lenguaje tan poderoso como los podemos encontrar en las Escrituras.

Quisiera insistir en que los temas que se tratan en la Biblia están más allá del intelecto humano; que el hombre nunca hubiera podido inventar las grandes doctrinas de una Trinidad en la Deidad; que el hombre nunca hubiera podido decirnos nada de la creación del universo; ningún ser humano hubiera podido ser el autor de la sublime idea de la Providencia; que todas las cosas son ordenadas según la voluntad de un grandioso Ser Supremo, y que todas ellas obran conjuntamente para bien. Podría hablarles acerca de su honestidad, pues relata las fallas de sus escritores; de su unidad, pues nunca se contradice; de su sencillez magistral, para que el más simple pueda leerla. Y podría mencionar cien cosas más que podrían demostrar con claridad que el libro es de Dios. Pero no he venido aquí para hacerlo.

Soy un ministro cristiano, y ustedes son cristianos, o profesan serlo; y ningún ministro cristiano necesita sacar a luz argumentos de los paganos para rebatirlos. Es la insensatez más grande del mundo. Los infieles, pobres criaturas, no conocen sus propios argumentos hasta que nosotros se los decimos, y ellos, juntándolos poco a poco, vuelven a arrojarlos como lanzas sin puntas contra el escudo de la verdad. Es una insensatez sacar estos tizones del fuego del infierno, aun si estamos bien preparados para apagarlos. Dejemos que los hombres del mundo aprendan el error por sí mismos; no seamos propagadores de sus falsedades. Es cierto que hay predicadores que, no contando con los suficientes argumentos, los sacan de cualquier parte; pero los hombres elegidos del propio Dios no necesitan hacer eso; ellos son enseñados por Dios, y Dios les suministra los temas, las palabras y el poder.

Quizás haya alguien hoy que haya venido sin fe, un hombre racionalista, un librepensador. Con ese hombre no voy a discutir. Confieso que no estoy aquí para participar en controversias, sino para predicar lo que conozco y siento. Pero yo también fui como ese hombre. Hubo una mala hora en mi vida, cuando solté el ancla de mi fe; yo corté el cable de mis creencias y, no queriendo estar ya por más tiempo al abrigo de las costas de la revelación, dejé que mi nave anduviera a la deriva, impulsada por el viento. Dije a la razón: “Sé tu mi capitán;” dije a mi propio cerebro: “sé tú mi timón”. Y así comencé mi loco viaje. Gracias a Dios ya todo eso terminó. Pero les contaré su breve historia.

Fue una navegación precipitada por el tempestuoso océano del librepensamiento. Conforme avanzaba, los cielos empezaron a oscure-

cerse; pero, para compensar esa deficiencia, las aguas eran brillantes con fulgores esplendorosos. Yo veía que volaban chispas agradables y pensé: “Si esto es el librepensamiento, es algo maravilloso.” Mis pensamientos parecían gemas y yo esparcía estrellas con mis dos manos; pero pronto, en lugar de aquellos fulgores de gloria, vi horribles demonios, fieros y terribles, surgiendo de las aguas, y conforme proseguía, ellos rechinaron sus dientes haciendo gestos burlones; se aferraron a la proa de mi barco y me arrastraron. Mientras yo, en parte, me sentía feliz por la velocidad a la que iba, pero sin embargo me estremecía por la rapidez terrífica con la dejaba atrás los viejos pilares de mi fe.

Conforme seguía avanzando a una velocidad espeluznante, comencé a dudar hasta de mi propia existencia; dudaba que el mundo existiera; dudaba que hubiera tal cosa como mi propio yo. Llegué al borde mismo de los dominios sombríos de la incredulidad. Me fui hasta el fondo mismo del mar de la infidelidad. Dudaba de todo. Pero aquí Satanás se engañó a sí mismo, porque la propia extravagancia de las dudas me demostró lo absurdo de ellas. Justo cuando vi el fondo de ese mar, escuché una voz que decía: “¿Acaso esta duda puede ser verdad?” A causa de este pensamiento volví a la realidad. Me desperté de ese sueño de muerte, que, sabe Dios, podría haber condenado mi alma y destruido mi cuerpo, si no hubiese despertado.

Cuando me levanté, la fe tomó el timón; a partir de ese momento ya no dudé. La fe condujo mi barca de regreso, la fe gritaba: “¡Lejos de aquí, lejos de aquí!” Arrojé mi ancla en el Calvario; alcé mis ojos a Dios, y heme aquí vivo y fuera del infierno. Por tanto, yo digo lo que sé. He navegado en ese peligroso viaje; he regresado a puerto sano y salvo. ¡Pídanme que sea otra vez un incrédulo! No, ya lo probé. Fue dulce al principio, pero amargo después. Ahora, atado al Evangelio de Dios más firmemente que nunca, parado sobre una roca más dura que el diamante, desafío los argumentos del infierno a que me muevan, “porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”.

Pero no voy a refutar ni a argumentar esta noche. Ustedes profesan ser hombres cristianos, pues de lo contrario no estarían aquí. Aunque la profesión de ustedes bien puede ser falsa; lo que ustedes *dicen* ser, puede ser exactamente lo contrario de lo que *realmente* son. Pero, aun así, yo supongo que todos ustedes admiten que ésta es la Palabra de Dios. Voy a compartir un par de pensamientos al respecto: “Le escribí las grandezas de mi ley.”

Primero, mis amigos, examinen este volumen y *admiren su autoridad*. Este no es un libro común. No contiene los dichos de los sabios de Grecia, ni los discursos de los filósofos de la antigüedad. Si estas palabras hubieran sido escritas por el hombre, podríamos rechazarlas; pero, ¡oh!, déjenme pensar un pensamiento solemne: que este libro es la letra de Dios, que estas son Sus palabras. Déjenme investigar su antigüedad: está fechado en las colinas del cielo. Permítanme que mire sus letras: lanzan destellos de gloria en mis ojos. Déjenme leer sus capítulos: su significado es grandioso y contienen misterios escondidos. Vayamos a las profecías: están llenas de inefables maravillas. ¡Oh, libro de los libros! ¿Y fuiste tú escrito por mi Dios? Entonces me postro ante ti. Tú, libro de vasta autoridad; tú eres una proclamación del Empera-

dor del Cielo. Lejos esté de mí ejercitar mi razón para contradecirte. ¡Razón!, tu función es considerar y averiguar lo que este volumen quiere decir, y no establecer lo que debería decir.

Vamos, ustedes, mi razón y mi intelecto, siéntense y escuchen, porque estas palabras son las palabras de Dios. Me siento incapaz de extenderme en este pensamiento. ¡Oh, si ustedes pudieran recordar siempre que esta Biblia fue verdadera y realmente escrita por Dios! ¡Oh! si se les hubiera permitido entrar a las cámaras secretas del cielo, y hubieran podido contemplar a Dios cuando tomaba Su pluma y escribía estas letras, entonces con seguridad las respetarían. Pero son efectivamente el manuscrito de Dios, tanto, como si ustedes hubieran visto a Dios escribiéndolas. Esta Biblia es un libro de autoridad, es un libro autorizado, pues lo escribió Dios. Oh, tiemblen, tiemblen, no sea que alguien lo desprecie; observen su autoridad, porque es la Palabra de Dios.

Entonces, puesto que Dios la escribió, notemos *su veracidad*. Si yo la hubiera escrito, habría críticos gusanos que de inmediato la atropellarían, y la cubrirían con sus larvas malvadas. Si yo la hubiera escrito, no faltarían hombres que la destrozarian de inmediato, y tal vez con mucha razón. Pero esta es la Palabra de Dios. Acérquense ustedes, críticos, y encuentrenle alguna falla; examínenla desde su Génesis hasta su Apocalipsis, y encuentrenle un error. Esta es una veta de oro puro sin mezcla de ninguna sustancia terrena. Esta es una estrella sin mancha, un sol de perfección, una luz sin sombra, una luna sin su palidez, una gloria sin penumbra.

¡Oh, Biblia!, no se puede decir de ningún otro libro que sea perfecto y puro; pero nosotros podemos declarar de ti que toda la sabiduría se encuentra encerrada en ti, y no hay ninguna partícula de insensatez. Este el juez que pone fin a toda discusión allí donde la inteligencia y la razón fracasan. Este libro no tiene mancha de error; sino que es puro, sin mezclas, la verdad perfecta. ¿Por qué? Porque Dios lo escribió. ¡Ah! Acusen a Dios de error, si quieren; díganle que Su libro no es lo que debería ser.

He oído de hombres llenos de orgullo y falsa modestia, a quienes les gustaría alterar la Biblia, y (casi me ruborizo al decirlo) he oído a algunos ministros que han alterado la Biblia de Dios, porque le tenían miedo. ¿Nunca han oído decir: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere -¿qué dice la Escritura?- “*será condenado*”? Pero sucede que esto es algo rudo, por lo tanto ellos dicen: “*será desaprobado*.” ¡Caballeros!, eliminen el terciopelo de sus bocas, y prediquen la Palabra de Dios; no necesitamos ninguna de sus alteraciones. He escuchado a personas que, orando, en vez de decir: “hacer firme vuestra vocación y *elección*,” dicen: “hacer firme vuestra vocación y *salvación*.” Es una lástima que no hubieran nacido cuando Dios moraba en los tiempos remotos, hace mucho, mucho tiempo, para que hubieran podido enseñarle a Dios cómo escribir. ¡Oh, deshonestidad más allá de todo límite! ¡Oh, orgullo desmedido! ¡Tratar de dictar al Sabio de los sabios, de enseñar al Omnisciente y de instruir al Eterno! Es extraño que haya hombres tan viles que usen el cortaplumas de escriba de Joacim para mutilar pasajes de la Palabra, porque tienen mal sabor. Oh, ustedes, que sienten aversión por ciertas porciones de la Santa Es-

critura, tengan la certeza que su gusto es corrompido y que la voluntad de Dios no se sujeta a la pobre opinión de ustedes. Tu desaprobación es precisamente la razón por la que Dios la escribió; porque no se debe acomodar a ti, ni tienes derecho a ser complacido. Dios escribió lo que a ti no te gusta: escribió la verdad. ¡Oh! postrémonos en reverencia ante ella, pues Dios la inspiró. Es verdad pura. De esta fuente mana *aqua vitae* “el agua de vida” sin ninguna partícula de tierra; de este sol nacen rayos de esplendor sin sombra alguna. Bendita Biblia; tú eres toda la verdad. Bendita Biblia, tú eres toda verdad.

Antes de dejar este punto, detengámonos a considerar la *miserericordia de Dios* al habernos escrito una Biblia. ¡Ah! Él podía habernos dejado sin ella, que anduviéramos a tientas nuestro camino de tinieblas, como los ciegos palpan buscando la pared. Podía habernos dejado en nuestro extravío, con la estrella de la razón como nuestra única guía. Recuerdo una historia del señor Hume, quien constantemente afirmaba que la luz de la razón es suficiente en abundancia. Estando en casa de un buen ministro de Dios una noche, había estado discutiendo sobre este asunto, manifestando su firme convicción en la suficiencia de la luz de la naturaleza. Al salir, el ministro le ofreció una vela, para que se pudiera alumbrar al bajar las escaleras. Él dijo: “no, la luz de la naturaleza será suficiente; con la luna me bastará.” Pero ocurrió que una nube estaba ocultando a la luna, y cayó escaleras abajo. “¡Ah!”, dijo el ministro, “a pesar de todo hubiera sido mejor haber tenido alguna lucecita desde arriba, señor Hume.”

Entonces, aun suponiendo que la luz natural fuera suficiente, sería mejor que tuviéramos un poco de luz desde arriba, y de esta manera estaríamos seguros de estar en lo correcto. Es mejor tener dos luces que una. La luz de la creación es muy brillante. Podemos ver a Dios en las estrellas; su nombre está escrito con letras de oro en el rostro de la noche; pueden descubrir Su gloria en las olas del océano, sí, y en los árboles del campo. Pero es mejor leer en dos libros que en uno. Le encontrarán aquí más claramente revelado, porque Él mismo ha escrito este libro y nos ha dado la clave para entenderlo, si ustedes tienen al Espíritu Santo. Amados hermanos, demos gracias a Dios por esta Biblia. Amémosla y considerémosla más preciosa que el oro más fino.

Una observación más, antes de pasar al segundo punto. Si ésta es la Palabra de Dios, ¿qué será de algunos de ustedes que no la han leído durante todo el último mes? “¿Un mes, dice usted? ¡Yo no la he leído durante todo este último año!” Ay, y muchos de ustedes no la han leído nunca. La mayoría de la gente trata a la Biblia muy cortésmente. Tienen una edición de bolsillo bellamente encuadernada, la envuelven en un pañuelo blanco, y así la llevan al lugar del culto. Cuando regresan a casa la guardan en un cajón hasta el siguiente domingo por la mañana. Entonces, la vuelven a sacar para un paseo, y la llevan a la capilla; todo cuanto la pobre Biblia recibe es este paseo dominical. Ese es su estilo de entretener a este mensajero celestial. Hay suficiente polvo sobre algunas de las Biblias de ustedes como para escribir “condenación” con sus propios dedos. Muchos de ustedes ni siquiera la han hojeado desde hace mucho, mucho, mucho tiempo, y, ¿qué piensan?

Les digo palabras duras, pero son palabras verdaderas. ¿Qué dirá Dios, finalmente? Cuando vayan a su presencia, Él preguntará: “¿Leís-

te mi Biblia?” “No.” “Te escribí una carta de misericordia, ¿la leíste?” “No.” “¡Rebelde! Te envié una carta invitándote a venir; ¿la leíste alguna vez?” “Señor, nunca rompí el sello: siempre la guardé bien cerrada.” “¡Desdichado!”, dice Dios. “entonces, tú mereces el infierno; si te envié una epístola de amor, y ni siquiera quisiste romper el sello, ¿qué haré contigo?” ¡Oh! No permitan que eso les suceda a ustedes. Sean lectores de la Biblia; sean escudriñadores de la Biblia.

II. Nuestro segundo punto es: LOS TEMAS DE LOS QUE TRATA LA BIBLIA. Las palabras del texto son estas: “Le escribí las grandezas de mi ley.” La Biblia habla de grandes cosas y solamente de grandes cosas. No hay nada en esta Biblia que no sea importante. Cada versículo contiene un solemne significado, y si todavía no lo hemos encontrado, esperamos hacerlo. Ustedes han visto a las momias cubiertas de vendas. Bien, la Biblia de Dios es algo parecido; hay numerosos rollos de lino blanco, tejidos en el telar de la verdad; de manera que tendrán que continuar desenvolviendo rollo tras rollo hasta encontrar el verdadero significado de lo que está escondido; y cuando crean haberlo hallado, aun continuarán desentrañando las palabras de este maravilloso volumen por toda la eternidad. No hay nada en la Biblia que no sea grandioso. Permítanme dividir, para ser más breve. Primero todas las cosas en esta Biblia son grandiosas; segundo, algunas cosas son las más grandiosas de todas.

Todas las cosas de la Biblia son grandiosas. Algunas personas piensan que no importa la doctrina que uno crea; que da lo mismo asistir a una iglesia o a otra, que todas las denominaciones son iguales. Hay un ser, la señora Intolerancia, a la que detesto más que a nadie en el mundo, y a la que jamás he hecho ningún cumplido ni he elogiado; pero hay otra persona a la que odio igualmente; se trata del señor Latitudinarismo, individuo bien conocido que ha descubierto que todos somos iguales. Ahora, yo creo que una persona puede ser salva en cualquier iglesia. Algunas han sido salvas en la iglesia de Roma, unos pocos hombres benditos cuyos nombres podría citar aquí. También sé, bendito sea Dios, que grandes multitudes son salvas en la iglesia de Inglaterra; en ella hay una hueste de sinceros y piadosos hombres de oración. Creo que todas las ramas del protestantismo cristiano tienen un remanente según la elección de gracia, y necesitan tener, algunas de ellas, un poco de sal, pues de lo contrario se corromperían. Pero cuando me digo eso, ¿se imaginan que las coloco a todas al mismo nivel? ¿Están todas igualmente en lo cierto? Una dice que el bautismo de infantes es correcto, otras afirman que no es correcto. Algunos dicen que ambas tienen razón, pero yo no lo veo así. Una enseña que somos salvos por la gracia soberana, otra dice que no, sino que es nuestro libre albedrío el que nos salva; con todo, otros dicen que las dos están en lo cierto; yo no lo entiendo así. Una dice que Dios ama a Su pueblo y nunca dejará de amarlo; otra afirma que no amó a Su pueblo antes que ese pueblo Lo amara; que unas veces lo ama y otras deja de amarlo, volviéndole la espalda. Ambas pueden tener razón en lo esencial, pero nunca cuando una dice “Sí” y otra “No”. Para verlo así necesitaría unos lentes que me ayudaran a ver hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo. No puede ser, señores, que ambas tengan razón, a pesar de que hay quien dice que las diferencias no son esenciales.

Este texto dice: “Le escribí las *grandezas* de mi ley”. No hay nada en la Biblia de Dios que no sea grandioso. ¿Se han detenido a pensar alguna vez cuál es la religión más pura? “¡Oh!”, dicen, “nunca nos hemos molestado con eso. Nosotros simplemente vamos donde nuestro padre y nuestra madre fueron.” ¡Ah! Esa es ciertamente una razón muy profunda. Ustedes van donde sus padres fueron. Yo creía que ustedes eran gente sensata, y nunca pensé que se dejaran llevar por otros en vez de por su propia convicción. Yo amo a mis padres sobre todo lo que respira, y el solo hecho de que creyeran que una cosa es verdad, me ayuda a pensar que lo es; pero yo no les he seguido. Pertenezco a una denominación diferente, y doy gracias a Dios por ello. Puedo recibirlos como hermanos y hermanas en Cristo, pero nunca pensé que, porque ellos fueran una cosa, yo tenía que ser lo mismo. Nada de eso. Dios me dio un cerebro y debo utilizarlo; y si ustedes tienen algún intelecto, deben usarlo también.

Nunca digan que no importa. Claro que importa. Todo cuanto Dios ha escrito aquí es de importancia eminente: Él jamás hubiera escrito algo que fuera indiferente. Todo cuanto hay aquí tiene un valor; por lo tanto, escudriñen todos los temas, prueben todo por la Palabra de Dios. No tengo ninguna objeción en que lo que yo predique sea probado por este libro. Denme solamente un auditorio imparcial y ningún favor especial y este libro; y si digo algo contrario a él, voy a retractarme de eso el domingo siguiente. Por esto me mantengo firme o caigo. Busquen y miren, pero nunca digan: “No importa.” Cuando Dios dice algo, siempre es de importancia.

Pero, aunque todas las cosas en la Palabra de Dios son importantes, *no todo es importante en la misma medida*. Hay ciertas verdades vitales y fundamentales que deben ser creídas, o de lo contrario el hombre no podría ser salvo. Si quieren saber qué es lo que deben creer para ser salvos, encontrarán las grandezas de la ley de Dios entre estas cubiertas; todas están contenidas aquí. Como compendio o resumen de las grandezas de la ley, recuerdo lo que dijo una vez un viejo amigo mío: “¡Ah! Predica las tres “erres” y Dios siempre te bendecirá.” Yo pregunté: “¿qué son las tres ‘erres’?” Y él me respondió: “Ruina, Redención y Regeneración.” Estas tres cosas contienen la esencia y el todo de la teología. “R” de ruina. Todos fuimos arruinados en la caída, todos nos perdimos cuando Adán pecó y todos estamos arruinados por nuestras propias transgresiones; todos estamos arruinado por nuestros corazones perversos, por nuestros malos deseos, y todos estaremos arruinados a menos que la gracia nos salve. Luego está la segunda “R” de redención. Somos redimidos por la sangre de Cristo, un Cordero sin mancha ni contaminación; somos rescatados por Su poder, somos redimidos por Sus méritos, y rescatados por Su fuerza. A continuación tenemos la “R” de regeneración. Si queremos ser perdonados, tenemos también que ser regenerados, porque nadie puede ser participe de la redención sin ser regenerado. Podemos ser tan buenos como queramos, y servir a Dios según lo imaginemos, según queramos; pero si no hemos sido regenerados, si no tenemos un corazón nuevo, si no nacemos de nuevo, todavía estamos en la primera “R”, esto es en la ruina.

Esto es un pequeño resumen del Evangelio, pero creo que hay otro mejor en los cinco puntos del calvinismo: Elección conforme al conoci-

miento previo de Dios, la natural depravación y pecaminosidad del hombre, la redención particular por la sangre de Cristo, el llamamiento eficaz por el poder del Espíritu, y la perseverancia final por el poder de Dios. Para ser salvos, debemos creer estos cinco puntos; pero no me gustaría escribir un credo como el de Atanasio, que empieza así: “Todo aquel que quiera ser salvo, deberá creer en primer lugar la fe católica, la cual es ésta”; al llegar a este punto tendría que detenerme porque no sabría cómo continuar. Sostengo la fe católica de la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia. No me corresponde redactar credos; sino que les suplico que escudriñen las Escrituras, porque ellas son la palabra de vida.

Dios dice: “Le escribí las grandezas de mi ley”. ¿Dudan de su grandeza? ¿Creen que no son dignas de la atención de ustedes? Hombre, piensa un momento, ¿dónde te encuentras ahora?—

***“He aquí, en un estrecho trozo de tierra,
En mitad de dos mares sin límites;
Una pulgada de tiempo, el espacio de un momento,
Puede alojarme en aquel lugar celestial,
O encerrarme en el infierno.”***

Recuerdo que una vez estaba yo en la playa, en una estrecha franja de tierra, sin preocuparme que la marea pudiera subir. Las olas lavaban constantemente ambas orillas, y envuelto en mis pensamientos permanecí allí por largo rato. Cuando quise regresar, me encontré ante una dificultad: las olas habían cortado el camino. De la misma manera, todos nosotros caminamos cada día por una estrecha senda, y hay una ola que sube más y más; vean cuán cerca está de sus pies, y otra ola se estrella a cada tictac del reloj: “nuestros corazones, como sordos tambores, están redoblando marchas fúnebres camino de la tumba.” Cada momento que vivimos es un avance hacia la tumba. Pero, *este Libro* me dice que, si soy convertido, cuando muera me recibirá un cielo de gozo y amor; los ángeles me esperarán con sus brazos abiertos, y yo, llevado por las potentes alas de los querubines, sobrepasaré al rayo, y me remontaré más allá de las estrellas, al trono de Dios, para morar allí para siempre--

***“Lejos de un mundo de pecado y dolor,
Moraré allí siempre con Dios.”***

¡Oh!, esto hace que mis ojos derramen lágrimas tibias, esto hace que mi corazón se vuelva demasiado grande para mi pecho, y mi cerebro gire ante el solo pensamiento de—

***“Jerusalén, mi hogar feliz,
Tu nombre es siempre dulce para mí.”***

¡Oh!, esa dulce escena más allá de las nubes; dulces campos revestidos de verde vivo y ríos de delicia. ¿No son éstas cosas grandiosas? Pero entonces, pobre alma no regenerada, la Biblia dice que, si tú estás perdido, tú estás perdido para siempre; te dice que si mueres sin Cristo, sin Dios, no hay esperanza para ti; que hay un lugar sin ningún rayo de esperanza, donde leerás grabado con letras de fuego: “conocías tu deber, pero no lo cumpliste”. Te dice que serás echado de Su presencia con un: “Apartaos de mí”. ¿Acaso no es grandioso todo esto? Sí, señores, tanto como el cielo es deseable y el infierno aborrecible, el tiempo breve y la eternidad infinita, como el alma es preciosa, el dolor debe ser evitado y el cielo debe ser buscado, como Dios es eterno y como Sus

palabras son ciertas, estas cosas son grandiosas; son cosas que ustedes deben escuchar.

III. Nuestro último punto es: EL TRATO QUE LA POBRE BIBLIA RECIBE EN ESTE MUNDO. La Biblia está considerada como una cosa extraña. ¿Qué quiere decir que la Biblia sea considerada como una cosa extraña? En primer lugar, quiere decir que es completamente ajena a muchas personas porque *nunca la leen*. Recuerdo que, en cierta ocasión, yo estaba leyendo la sagrada historia de David y Goliat, y estaba una persona presente, bastante entrada en años, quien me dijo: “¡Dios mío! Qué historia tan interesante; ¿en qué libro está?”

También me viene a la memoria otra persona que, hablando conmigo en privado, yo le hablé acerca de su alma, y ella me dijo cuán profundo era su sentimiento, ya que tenía enormes deseos de servir al Señor, pero encontraba otra ley en sus miembros. Yo abrí la Biblia en Romanos y le leí: “Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago.” “¿Está esto en la Biblia?”, preguntó ella, “yo no sabía eso.” No la culpé por su falta de interés en la Biblia hasta ese momento, pero me parecía difícil encontrar personas que no supieran absolutamente nada acerca de tal pasaje. ¡Ah! Ustedes saben más acerca de los libros de contabilidad de sus negocios que de la Biblia; más acerca de los diarios de sus vidas que de lo que Dios ha escrito. Muchos de ustedes pueden leer una novela de principio a fin, y, ¿qué provecho sacan de eso? Un bocado de pura espuma al haberla terminado.

Pero no pueden leer la Biblia; este manjar sólido, perdurable, sustancioso y que satisface, permanece sin ser probado, guardado en la alacena del abandono; mientras que todo cuanto escribe el hombre, el plato del día, es devorado con avidez. “Le escribí las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.” Ustedes nunca la han leído. Tengo esa dura acusación contra ustedes. Tal vez ustedes responden que no debo culparlos por una cosa así; pero siempre pienso que más vale tener una peor opinión de ustedes, que una opinión demasiado buena. Los culpo de esto: ustedes no leen su Biblia. Algunos de ustedes nunca la han leído completa, y su corazón les dice que lo que estoy diciendo es verdad. No sois lectores de la Biblia. Ustedes afirman que tienen una Biblia en la casa: ¿acaso pienso que son tan paganos que no tienen una Biblia en la casa? Pero, ¿cuándo fue la última vez que la leyeron? ¿Cómo saben que los lentes que perdieron hace tres años no están en el mismo cajón que la Biblia? Muchos de ustedes no han leído ni una sola página desde hace mucho tiempo, y Dios podría decirles: “Le escribí las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.”

Hay otros que leen la Biblia, pero cuando la leen, dicen *que es terriblemente árida*. Aquel joven que está allá opina que es muy “aburrida”; ésa es la palabra que usa. Él nos cuenta: “mi madre me dijo, cuando vayas a la ciudad, lee un capítulo cada día. Y yo se lo prometí para complacerla. Ojalá no lo hubiera hecho. No leí ningún capítulo ni ayer ni anteayer. Estuve muy ocupado. No pude evitarlo.” Tú no amas la Biblia, ¿verdad? “No, no encuentro en ella nada interesante.” ¡Ah!, eso es lo que yo pensaba también. No hace mucho tiempo yo no podía ver nada en ella. ¿Sabes por qué? Porque los ciegos no pueden ver. Pero cuando el Espíritu tocó las escamas mis ojos, estas se cayeron, y

cuando Él pone colirio en los ojos, entonces la Biblia se vuelve preciosa.

Recuerdo a un ministro que fue un día a visitar a una señora ya anciana y se propuso llevarle el consuelo de algunas de las preciosas promesas de la Palabra de Dios. Buscando, encontró en la Biblia de señora, escrito al margen, una “P”, y preguntó: “¿Qué significa esto?” “Esto quiere decir preciosa”, señor.” Poco más adelante descubrió una “P” y una “E” escritas juntas, y le volvió a preguntar su significado, y ella le respondió: esto, quiere decir ‘probada y experimentada’, porque yo la he probado y la he experimentado”. Si ustedes han probado y experimentado la palabra de Dios, si es preciosa para sus almas, entonces ustedes son cristianos; pero esas personas que desprecian la Biblia, “no tienen parte ni suerte en este asunto”. Si les parece árida, ustedes estarán áridos al fin en el infierno. Si no la estiman como algo mejor que su alimento diario necesario, no hay ninguna esperanza para ustedes, porque carecen de la evidencia más grande de su cristianismo.

Pero, ¡ay!, ¡ay!, lo peor está por venir. *Hay personas que odian la Biblia*, y también la desprecian. ¿Acaso tenemos algunas de esas personas aquí? Algunos se habrán dicho: “vayamos y oigamos lo que tiene que decirnos ese joven predicador.” Pues bien, esto es lo que tiene que decirles: “Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y desapareced.” Esto es lo que tiene que decirles: “los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios.” Y también tiene que decirles esto: “en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias.” Pero más aún, les dice hoy que si quieren ser salvos, deben encontrar la salvación aquí.

Por lo tanto, no menosprecien la Biblia: escudriñenla, léanla, vengan a ella. Ten la seguridad, oh burlador, que tus carcajadas no pueden alterar la verdad, ni tus burlas te pueden librar de la condenación inevitable. Aunque en tu dureza hicieras un pacto con la muerte y firmaras un tratado con el infierno, aun así, la veloz justicia te alcanzará, y la poderosa venganza te derribará. En vano te burlas y te mofas, pues las verdades eternas son más poderosas que todos tus sofismas; tus ingeniosos dichos no pueden alterar la verdad divina de una sola palabra de este volumen de Revelación.

¡Oh! ¿Por qué altercan con su mejor amigo y maltratan su único refugio? Aun hay esperanza para el burlador. Esperanza en las venas del Salvador. Esperanza en la misericordia del Padre. Esperanza en la obra omnipotente del Espíritu Santo.

Una palabra más y terminaré. Mi amigo, el filósofo, dice que está muy bien que yo exhorte a la gente a leer la Biblia; pero que hay otras muchas ciencias grandiosas más interesantes y útiles que la teología. *Muy agradecido, señor, por su opinión.* ¿A qué ciencia se refiere usted? ¿A la ciencia de disecar escarabajos y coleccionar mariposas? “No, ciertamente no es a ésa.” ¿A la ciencia de analizar las rocas y de tomar muestras de la tierra y hablarnos de sus diferentes estratos? “No, tampoco a esa precisamente.” ¿A qué ciencia, pues? Él me responde: “todas las ciencias en general son más importantes que la Biblia.” ¡Ah!, señor, ésa es su opinión, y habla de esa manera porque está lejos de Dios. Pues la ciencia de Jesucristo es la más excelente de las ciencias.

Que nadie deje la Biblia porque no es un libro culto y de sabiduría. Lo es. ¿Quisieran saber de astronomía? Está aquí: Ella habla del Sol de Justicia y de la Estrella de Belén. ¿Quieren saber de botánica? Está aquí: Ella habla de unas plantas de renombre: el Lirio de los Valles y la Rosa de Sarón. ¿Quieren saber de geología y mineralogía? Pueden aprender eso en la Biblia: pueden leer acerca de la Roca de los Siglos y de la Piedrecita Blanca con un nombre nuevo grabado, el cual ninguno conoce, sino aquel que lo recibe. ¿Quieren estudiar historia? Aquí están los anales más antiguos del género humano. Cualquiera que sea la ciencia de que se trate, vengan y búsquenla en este libro. Esa ciencia está aquí. Vengan, y beban de esta hermosa fuente del conocimiento y de la sabiduría, y descubrirán que serán hechos sabios para salvación. Sabios e ignorantes, niños y hombres, caballeros de cabellos blancos, jóvenes y muchachas, a ustedes les hablo, les pido y les suplico: respeten la Biblia y escudriñenla, porque a ustedes les parece que en ella tienen la vida eterna, y ella es la que da testimonio de Cristo.

He terminado. Vayamos a casa y pongamos en práctica cuanto hemos oído. Conozco a una señora que, cuando se le preguntó sobre lo que recordaba del sermón del pastor, dijo: “No recuerdo nada del mismo. Tenía que ver con pesas falsas y medidas fraudulentas, y yo no recordé nada excepto que cuando llegué a casa tenía que quemar mis medidas de grano.” Así que si recuerdan cuando lleguen a sus casas quemar sus medidas, si recuerdan cuando lleguen a sus casas leer la Biblia, yo habré dicho lo suficiente. Quiera Dios, en Su infinita misericordia, cuando lean la Biblia, poner en sus almas los rayos iluminadores del Sol de Justicia, por la obra del siempre adorable Espíritu; de este modo, todo cuanto lean será de provecho y para salvación.

Podemos decir de la Biblia que es—

***“¡Es el escaparate del consejo revelado!
En donde la felicidad y el dolor están colocados de tal
manera
Que todo hombre sabe qué le corresponderá
Si interpreta todo correctamente.
Es el índice de la eternidad
No podrá de dejar de recibir la eterna felicidad
Quien se guíe por este mapa,
Ni puede equivocarse quien hable por él.
Es el libro de Dios. Quiero decir
El Dios de los libros, y pido que el que mire
Con enojo esa expresión, como demasiado aventurada,
Ahogue sus pensamientos en silencio, hasta encontrar
otra.”***

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #15 – Volumen 1

The Bible